

JOAQUÍN VARELA Y LA CONVERSIÓN DE SU VIDA EN UNA PASIÓN POR LA HISTORIA CONSTITUCIONAL

JOAQUÍN VARELA AND HIS LIFE'S CONVERSION IN PASSION FOR THE CONSTITUTIONAL HISTORY

Leonardo Álvarez Álvarez
Universidad de Oviedo

Resumen: El trabajo analiza algunos aspectos de la carrera profesional de Joaquín Varela, profesor de derecho constitucional de la Universidad de Oviedo. Su labor en las aulas de la Facultad de Derecho, su trayectoria en el Departamento de Derecho Público, y el periodo investigador en el final de su vida.

Abstract: This paper analyzes some aspects of the professional career of Joaquín Varela, professor of constitutional law at the University of Oviedo. His work in the classrooms of the Faculty of Law, his career in the Department of Public Law, and the research period at the end of his life.

Palabras clave: Joaquín Varela Suanzes. historia constitucional. trayectoria jurídica.

Key Words: Joaquín Varela Suanzes. Constitutional history. legal career.

I

Era prácticamente imposible prever aquel mes de septiembre de 1991, cuando lo conocí, que 26 años después, el 11 de diciembre de 2017, me encontraría cenando en casa de Joaquín Varela el día de mi toma de posesión como profesor titular de universidad. La invitación que me cursó no obedeció a ese fasto, sino probablemente a querer dedicarme un tiempo que, ya por entonces, se le escapaba entre las manos. Fue la penúltima vez que lo vi. La última, el 6 de enero de 2018, también en su casa, junto con su gran amiga Clara Álvarez Alonso, tuvo lugar tres semanas antes de su fallecimiento. Pensé que, por fortuna, ya no formaría parte de mi recuerdo.

A lo largo de esos 26 años pude darme cuenta de que Joaquín no era del modo en que lo vimos sus estudiantes en el curso académico 1991/1992, al poco tiempo de obtener su Cátedra de Derecho Consti-

tucional. Aunque los 18 años que tenía por entonces no me permitieron apreciarlo, puedo constatar hoy que Joaquín era ya por entonces un intelectual y un investigador, condiciones que nunca pudo escindir de su condición de docente. En él no se pudo desvincular prácticamente nunca el objeto docente y el investigador, tan requerido como consecuencia de la futura entrada en vigor del Plan Bolonia y que él padecería muy especialmente muchos años después.

Su pasión por el conocimiento y por los modos críticos de pensamiento trataba ya de incentivarlos entre nosotros en aquel lejano 1991, en mi primer año en la Universidad. Recuerdo aún el estupor que causó entre alumnos recién llegados a la Facultad de Derecho que Varela dejara en la fotocopidora 400 páginas para preparar las 4 primeras lecciones del temario y recomendara un libro de más de 300 para los siguientes 3 temas. Nos preguntábamos hace ya 32 años sí cada uno de los siguientes 20 temas irían acompañados de sus correspondientes 100 páginas.

Su grado de exigencia con sus estudiantes lo confirmamos pronto cuando adoptó como práctica realizar los lunes a las 9 de la mañana lo que él denominaba una “cala”. Forma en que llamaba formular, de improviso y sin previo aviso, preguntas a los estudiantes para poder comprobar su comprensión de la asignatura. Pero esa comprensión resultaba medirse con preguntas cuyo completo significado solo pude comprenderlo ya más adelante cuando inicié mi periplo docente e investigador en el Área de Derecho Constitucional de la Universidad de Oviedo.

Recuerdo perfectamente cómo Joaquín, tan amante de la teoría del Estado y de la Constitución, preguntaba a quienes no éramos más que estudiantes de 18 años las diferencias entre Aristóteles, Platón y Hobbes a la hora de justificar el sometimiento de los sujetos al poder de un tercero. O la pregunta sobre el modo de resolver el dilema de cómo un órgano no democrático como era el Tribunal Constitucional podría expulsar del ordenamiento una ley que era expresión de la democracia. El estupor de los alumnos ubicados en primera fila hacía que corrieran despavoridos fuera de la clase en el contexto de las frases de Joaquín: “¡no huyan, no huyan!”. A mí, que me ubicaba en las últimas filas del aula, solo me quedaba mirar hacia el suelo esperando que no me preguntara.

II

Ese intelectual e investigador con un modo muy concreto de entender la Universidad lo hicieron probablemente un profesor distante con los alumnos de primer curso. Sin embargo, el Joaquín Varela que fue mi compañero en el Departamento de Derecho Público nada tuvo que ver con aquella imagen que percibí en las aulas del Campus del Cristo. Memorables despistes y todo tipo de anécdotas plagaron mi convivencia con Varela a lo largo de 26 años. Que irrumpiera en el despacho de un compa-

ñero, cerrara la puerta y picara por dentro o que hubiera redactado una completa lista de libros para su petición y que, en vez de entregármela, la estrujara y tirara hasta por dos veces en mi papelera en mi presencia eran paradojas que no revelarían más que su más absoluta genialidad.

Esa genialidad lo hizo un adelantado a su tiempo. Cuando los organismos de evaluación de la investigación universitaria minusvaloraron inicialmente las publicaciones en revistas electrónicas, apostó decididamente por la creación de una Revista de Historia Constitucional on line que se ha convertido hoy en una de las más prestigiosas de Europa en la materia y que recibe originales de todas las partes del mundo. Supo ver que ese sería del futuro y que las tradicionales y entonces más prestigiosas revistas en formato papel acabarían transitando hacia la idea que vislumbrara entonces Joaquín.

Pero los mimbres de la gestación de la Revista que hoy goza de tal prestigio fueron muy artesanales. Joaquín apenas manejaba el procesador de textos Word Perfect 5,1 cuando quiso conocer cómo funcionaba internet y el correo electrónico de la que disponían nuestros ordenadores desde no hacía demasiado tiempo. Durante muchas tardes y hasta bien entrada la noche le enseñé las maniobras básicas de buscar en la biblioteca, consultar el correo electrónico o navegar por internet. Recuerdo la pasión que ponía en toda aquella información, seguramente porque ya estaba bosquejando en su mente su gran proyecto de Revista Electrónica y de un Centro investigador “Martínez Marina” sobre la Historia Constitucional en internet.

Los ojos de Joaquín seguirían hipnóticamente durante horas la punta del ratón del ordenador con una mueca realmente curiosa. Un dedo colgado de su nariz y los labios expulsados de su cara fue la imagen que vi durante horas. Allí lo dejé hacia las 10 de la noche practicando los conocimientos suministrados. Cuando lo vi al día siguiente su cara ya era otra. Percibí la viva imagen de la ilusión, pero también la de los estragos físicos que había causado en aquélla el dedo colgado de su nariz fruto de la pasión que había puesto en aquellas lecciones de informática que le suministraba.

III.

No le agradeceré nunca lo suficiente que dejara que estuviera a su lado en los últimos meses. Máxime, cuando según dicen sus más allegados, se distanció de muchos por motivos lógicos y evidentes. Él creía que era yo quien le hacía un favor tramitándole bajas laborales, resolviendo cierto papeleo y llevándole los libros que me pedía a su casa. Pero, en realidad, era él quien me lo hacía a mí dándome algunos de mis más valiosos ejemplos vitales. En particular, cómo una pasión, como era la suya por la investigación y por la historia constitucional, podía hacer desaparecer incluso los más descarnados problemas. Cada vez que llegaba a su casa

para cumplir con alguna encomienda y tras darle siempre un fuerte abrazo me invitaba a pasar a su despacho.

En aquel bajo cubierta y al amparo de aquella luz que entraba por la claraboya me contaba con gran pasión los pormenores de sus investigaciones, de cómo iba su magna obra, su manual de historia constitucional, con el que llevaba fantaseando y trabajando desde hacía décadas. Ni él ni yo teníamos conciencia del tiempo y del espacio en el que se desvanecían sus explicaciones sobre el método científico que había logrado implementar para poder contar la historia constitucional. No era esa ilusión la que se apagaba cuando reconocía que sería su más fiel y aventajado discípulo Ignacio Fernández Sarasola el encargado de acabar su manual. Este hecho, que acabaría sucediendo irremediabilmente, como Joaquín me trasladaba, formaba parte de su propia ilusión.

Por eso, el transcurso del tiempo no fue nunca una losa para él ni creo que aceleró en demasía su trabajo académico para intentar poder asistir a su finalización. Siguió siempre fiel a aquellos extraños horarios, en los que trabajaba hasta altas horas de la madrugada, amaneciendo bien tarde. Por ello no había mayor afrenta académica para Joaquín que impartiera clase a las 9 de la mañana. Hubo de hacerlo en una ocasión cuando ejercí como coordinador del Área. Pensó que hacerlo levantarse tan pronto durante aquel curso había obedecido a alguna treta mía. Pero, al final no fue muy difícil convencerlo de que, eligiendo docencia de los primeros por su condición académica, la elección equivocada del grupo tuvo que ser consecuencia de alguno de sus terribles despistes.

Reconozco que cuando hoy día bajo a pie para mi casa, todavía me parece verlo dando sus paseos de medio día por nuestro barrio con un sombrero de paja y unas gafas de sol, antes de volver a sus investigaciones sobre la historia constitucional. Creo que en uno de esos encuentros surgió la amable invitación para cenar en su casa. Sería el 11 de diciembre de 2017, coincidiendo, por caprichos del destino, con el día en el que yo había tomado posesión como profesor titular de la Universidad de Oviedo. Seguramente porque el día de la celebración de mi plaza en la primera semana de noviembre, ya enfermo, no pudiera venir, a pesar de mis insistencias.

Lo cierto es que ya me di cuenta entonces de que Joaquín no parecía ser, como yo, ningún maestro culinario, a pesar de que disfrutara siempre de la buena mesa. Mis intuiciones fueron ciertas, pero tengo que reconocer que en pocas ocasiones habré disfrutado tanto de la sencillez de escurrir en el fregadero aquella pasta precocinada. Eso sí, no faltó una buena botella de vino. Durante la agradabilísima velada hablamos de todo y de nada. De lo que fue su verdadera pasión, de la situación de nuestra Universidad, de los alumnos, de viajes, de coches... Pero nunca de sus miedos, ni de lo injusto que había sido seguramente el destino con él en cuestiones de salud. Creo que esa fue una de las mejores lecciones

que me dio Joaquín, no las que me impartió en 1991 cuando nos conocimos en la Facultad de Derecho.

IV

Conocer a mis compañeros del Área de Derecho Constitucional ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Sin embargo, esa experiencia no hubiera sido jamás tan completa si Joaquín no hubiera formado parte de su grupo humano. Su sorna, su buen humor, sus anécdotas e increíbles despistes, y muchísimas otras cosas, lo hicieron de él un ser y un compañero inigualable. Solo por ello habiéramos merecido disfrutarlo 10 años más, tiempo que le faltó para llegar a su edad de jubilación. Sin embargo, que las cosas sucedieran como acontecieron me permitieron acercarme mucho más a Joaquín y conocerlo más en profundidad.

Gracias a ello, cuando hoy lo recuerdo, con gran frecuencia, ya no me lo imagino como mi profesor en aquel 1991. Tampoco en la larga vida de área o de departamento plagada de vivencias. Recuerdo simplemente cuando preparamos en su casa aquella cena tan elemental, cuando vivimos el momento olvidándonos por entonces de aquel futuro ya inmediato y cuando creo que fui capaz de transmitirle con mi mirada lo importante que había sido en mi vida.

Fecha de envío / Submission date: 23/03/2023

Fecha de aceptación / Acceptance date: 4/05/2023